

EL EQUILIBRIO DEL TERROR

por **EDUARDO HARO TECLEN**

En el «año 22 de la era atómica» —es McNamara quien fija la cronología con puntualidad— los Estados Unidos comienzan la creación de un sistema de defensa contra un posible ataque nuclear chino. Es una data importante. Hace un par de años George Kennan decía que la disputa chino-soviética no debía considerarse como un bien en los Estados Unidos, puesto que no serviría más que para tener dos enemigos en vez de uno. Esta aparente paradoja, viniendo de un pesimista —Kennan fue uno de los teóricos de la guerra fría y de la doctrina del «containment», o de la creación de barreras estratégicas— fué acogida con escepticismo. Ahora se oficializa. El discurso de McNamara pronunciado el lunes de la semana pasada en San Francisco determina la existencia de dos enemigos en potencia, la URSS y China, y las medidas diferentes que han de tomarse para la protección de cada uno de ellos. De esta forma anunció la iniciación de un sistema defensivo contra proyectiles cohetes intercontinentales, que debe costar por ahora unos 5.000 millones de dólares, lo cual es «relativamente barato». Es una red de «ABM», o «antiballistic missiles»: cohetes a los que se atribuye la virtud de interceptar en vuelo los grandes cohetes intercontinentales de cabeza nuclear (ICBM). En la jerga militar del Pentágono se llama a este sistema, utilizando un término de nuestros días, «la mini-red». Su principal crítica consiste en que no sirve para nada. El propio McNamara lo dice en su discurso: no existe en el mundo protección suficiente contra un ataque atómico masivo. La guerra nuclear sigue siendo «no sólo insensata, sino totalmente suicida». Y la raíz de la seguridad del hombre «no reside en los armamentos, sino en su propia mente». Desgraciadamente, podría añadirse al discurso, es mucho más difícil fabricar o conseguir en nuestros tiempos mentes seguras y serenas para dirigir la política que artefactos nucleares o antinucleares.

McNamara es crítico para con el plan de ABM y enemigo de su ampliación: «el peligro al instalar este sistema relativamente pequeño y orientado contra China lo van a constituir las presiones para que lo amplíemos hasta convertirlo en un gran sistema ABM orientado contra la Unión Soviética. Tenemos que resistir esa tentación». Lo cierto es que McNamara no ha sabido ya resistir a la tentación de esta «mini-red», a la que el «Times» de Londres calificaba la mañana siguiente de su anuncio en San Francisco de «un error espantoso». La idea no es suya. Las presiones vienen de los parlamentarios, que responden a su vez a las presiones de sus electores —la población civil— que desea ser protegida y a las de los militares que creen en la necesidad de la defensa. McNamara insiste en su propio sistema de defensa, que es el que pretende seguir manteniendo, al margen de la mini-red contra China, para defenderse del supuesto ataque de la Unión Soviética: la defensa ofensiva. Es decir, el acrecentamiento del material de ataque para disuadir al enemigo supuesto de iniciar una agresión. A la creación por la URSS de un sistema de defensa de ABM, responde con «un programa de armas ofensivas, que costarán varios miles de millones, para contrarrestar la pequeña instalación soviética actual de ABM y la instalación futura de ABM soviéticos probablemente de más capacidad». En San Francisco ha definido así su programa: «nuestra mayor fuerza de persuasión contra un ataque ruso no es una coraza de ABM masiva, costosa, pero fácilmente penetrable, sino una capacidad ofensiva de destrucción asegurada y totalmente

creíble». (El factor de credibilidad es importante en este sistema militar de la escalada donde la bravata, o la baladronada, como la denomina el teórico Hermann Kahn, juega un papel tan importante como el «jarol» en una partida de póker.)

Uno de los puntos más delicados en esta fase de la guerra sin explosiones y sin muertos es el del equilibrio. El «equilibrio del terror» se le llama aludiendo a esta noción de que cualquier guerra atómica es un suicidio. Existe una especie de equilibrio convenido entre la URSS y los Estados Unidos, que consiste en que cada uno sepa que es totalmente vulnerable al otro. Una modificación sensible en el «stock» o en el sistema de armamentos de una de las dos superpotencias supone la rápida reacción de la otra. La aparición de China como tercera potencia nuclear viene a crear una difícil balanza de tres brazos en el que este equilibrio se hace precario. China juega mucho a la baladronada, pero la realidad es que ya tiene la bomba atómica, y que probablemente dispone de medios para transportarla más allá de sus fronteras. Se supone que tiene unas treinta bombas atómicas de 200 kilotoneladas y que invierte en la defensa unos 7.500 millones de dólares anuales, o sea el 10 por ciento de su producto nacional bruto (Estados Unidos, 9,2 por ciento; URSS, 8,9 por ciento). La aparición de una red de ABM en la URSS, aunque su finalidad no haya sido anunciada tan claramente como han hecho los Estados Unidos con la suya, puede ser también una iniciación de la defensa contra China. Hasta ahora consiste en una red de cohetes ABM del tipo «Galosh» en torno a la ciudad de Moscú y en la llamada «Línea Tallin», que se está instalando a lo largo de la Costa del Báltico, hasta Leningrado.

Estos datos están tomados de un libro que acaba de aparecer en Londres. «The military balance 1967-1968», editado por el Instituto de Estudios Estratégicos, que se venera cada año como una especie de biblia en cuestiones militares. Los datos que arroja el inventario de este volumen vienen a demostrar que los Estados Unidos conservan una gran superioridad en el armamento nuclear, pero que la están perdiendo. La URSS tiene ahora 520 cohetes intercontinentales (ICBM): casi el doble que el año anterior. Los Estados Unidos tienen 1.054. La proporción de superioridad americana era el año pasado de 3,4; este año es sólo de 2,6. En cambio, la URSS tiene 750 cohetes de alcance medio, arma que los Estados Unidos, por su posición geográfica, no han considerado necesario hacer proliferar. Estos cohetes apuntan directamente, con sus cabezas nucleares de un megatón de potencia, a las bases americanas y de la OTAN en Europa. Por otra parte, sus aviones estratégicos son mucho más numerosos que los americanos: están en proporción de dos a uno favorable a la URSS. La disparidad en la calidad de los armamentos obedece sobre todo a las áreas que hay que defender, a la naturaleza de las amenazas pendientes. Estas cifras pueden parecer engañosas para un profano: para un técnico, revelan que existe una igualdad en potencia, por una parte; por otra, que la carrera de armamentos no ha cesado.

Por ejemplo, se cree saber que la URSS dispone ahora de una nueva arma, el «MIRV» —en siglas inglesas—, según un artículo de gran credibilidad publicado en el último número de la «Royal Air



Con motivo de la VIII Conferencia anual de la U. P. I., McNamara anunció que a fin de este año —año veintidós de la era atómica—, como el propio secretario de Defensa de los Estados Unidos ha calificado a 1967— su país pone en marcha un sistema de defensa contra un posible ataque nuclear procedente de China.

Force Quaterly» por el comodoro del aire Neil Cameron, que fue alto funcionario del ministerio de defensa británico. El «MIRV» —que puede «revolucionar la estrategia nuclear»— es un gigantesco cohete que encierra en su claustro diez o más bombas atómicas auto-dirigidas. Su objetivo es bombardear las bases de cohetes, y el número de proyectiles que suelta en un punto determinado y que se dirigen automáticamente sobre las armas de tierra puede saturar cualquier sistema de defensa: es decir, desbordar la capacidad de los ABM. La aparición de este artículo coincide con la publicación en «Le Monde» (17-18 septiembre) de una crónica de Jacques Amalric en el que atribuye a los Estados Unidos un arma similar. «Para el refuerzo de las capacidades ofensivas de los Estados Unidos, McNamara cuenta mucho con un cohete intercontinental de un género nuevo, cuya cabeza estaría equipada con varias cargas nucleares. Esta multiplicación de los proyectiles, de los cuales algunos no serían más que cebos, haría prácticamente imposible la intercepción de todas las cargas por un proyectil anti-cohetes».

Personalmente, no creo que exista hoy el menor riesgo de un ataque de Estados Unidos hacia la URSS, o viceversa, ni creo que los motivos de fricción que hay hoy en el mundo puedan conducir a esta situación, a menos de una siempre posible pérdida de cabeza. Los dos países se han enfrentado durante muchos años en una guerra fría, se siguen enfrentando en esta alucinante carrera de armamentos y de equilibrio del terror. Los resultados de esa guerra sin sangre han sido mutuamente devastadores. La URSS se ha ido quedando vacía de motivaciones ideológicas, ha perdido su capacidad de atracción para los movimientos comunistas y revolucionarios mundiales. La heterodoxia china, la heterodoxia cubana (hispanoamericana) han creado otros polos de atracción. Los partidos comunistas europeos están divididos. Los países del tercer mundo buscan sus propias vías y se encuentran, aterrados, ante el hecho de que no tienen a quién acudir para equilibrar la agresión de los Estados Unidos. Hay rumores de disgusto en los países del Este. En cuanto a los Estados Unidos, se encuentran sumidos en la crisis más grave de su historia

desde la guerra de secesión. Su ansiedad defensiva les lleva por la pendiente de la agresión, por la angustia de una amenaza que ven venir de todas partes del globo, del más leve núcleo de guerrilleros en la más lejana montaña. Los dos partidos tradicionales, el republicano y el demócrata, se rompen por todas partes, antes de que se termine de definir un tercer partido que trata de apuntar (la nueva izquierda). La enormidad de los gastos militares ahoga la situación interior: se producen olas de huelgas, se inicia la revuelta negra. La necesidad de la agresión para sostener el sistema capitalista choca contra la conciencia democrática nacional: se produce una neurosis colectiva. Y, en todo ello, se pierde la hegemonía de Occidente.

La crisis de su principal alianza militar, ideológica y económica, la OTAN, ofrece nuevos datos a raíz de la reunión en Luxemburgo, hace dos semanas, de la Asociación para el Tratado del Atlántico Norte, presidida por Spaak. Manlio Brosio, secretario general de la OTAN, ha invitado a los delegados a reflexionar sobre el hecho de que a partir de 1969 cada país miembro podrá tomar individualmente la iniciativa de retirarse de la alianza con un año de preaviso: se sospecha que el primer país en utilizar esa prerrogativa va a ser Francia, retirada ya de la organización pero no de la alianza. El contenido ideológico de la misma alianza —la defensa de lo que se considera la libertad y la democracia— ha sido ya herido por el golpe de estado dictatorial de Grecia. Brosio ha enunciado ya que una de las misiones futuras de la alianza puede ser no ya la de evitar el dominio de Europa por la URSS, sino evitar «una especie de condominio sobre Europa americano-soviético». Estamos aún lejos de las acusaciones de colusión hechas por los chinos, pero nos aproximamos a ellas... Spaak, por su parte, ha acusado a los Estados Unidos de haber ejercido «una influencia demasiado grande» sobre la alianza, y propone la ampliación de las instituciones propiamente europeas —como la ampliación del Mercado Común a la Gran Bretaña y a las naciones escandinavas— y «una participación más grande de Europa en la organización de las responsabilidades de su propia defensa». Simultáneamente a la celebración de estas reuniones, el gobierno laborista británico sufría ataques de todas partes por su excesiva entrega a los armamentos americanos, olvidando la construcción propia de su defensa...

Era más fácil de entender el mundo simple y peligroso de la guerra fría, con sus dos grandes bloques y su rigidez ideológica. En un tiempo clásico, la situación se hubiese resuelto indefectiblemente con una guerra. La imposibilidad de la guerra y el enorme poderío desplegado por los dos bloques ha creado una frustración mutua, un abandono de los aliados y una deterioración de las ideologías. Sin embargo, los problemas no se han resuelto, han quedado en suspenso, y buscan otras salidas. Los ciudadanos, los grupos de ciudadanos o las naciones, o grupos de naciones, en situación de angustia y de necesidad se vuelven cada vez menos hacia la protección o la afinidad con un bloque, pero no se resignan con su situación y buscan como pueden su propio camino. No se trata tanto de una crisis de ideologías como de una crisis en la interpretación práctica de estas ideologías. Estoy lejos de suponer que esta situación sea negativa; pero es, indudablemente, de una enorme complejidad.

No creo, evidentemente, que la URSS y los Estados Unidos vayan a lanzarse el uno contra el otro en estos momentos, ni que la amenaza china que los dos temen vaya a plasmarse antes de que pasen muchos años; pero sí creo que la frustración interior de los Estados Unidos —la URSS parece acoger la suya con más serenidad, puesto que no atañe a la vida nacional sino que, al contrario, la alivia de las duras tensiones stalinianas y de los momentos de riesgo de la guerra fría— puede conducir a una situación extremadamente grave. Una situación de frustración por parte de ciertos grupos de extremismo conservador pudo conducir al asesinato de Kennedy —si se admite la tesis del complot— y al giro completo que dio a partir de entonces la política exterior e interior del país hacia una situación más agresiva y más peligrosa. Pueden hoy ocurrir acontecimientos de mucha mayor gravedad y, tras ellos, una ruptura de los equilibrios internacionales. Es el mayor riesgo del momento.